

El Norte: ¿relineamiento electoral?

Ulises Beltrán y Alejandro Cruz*

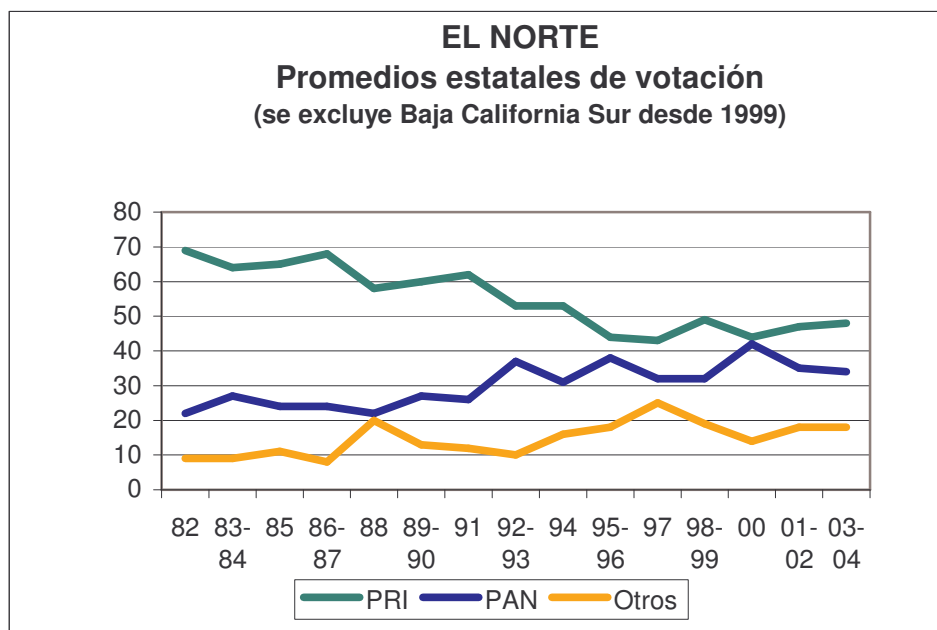
La historia electoral moderna inició hace cerca de veinte años en Chihuahua y Durango. Si bien el PAN ya había ganado en algunas ciudades importantes, en las elecciones municipales de julio de 1983 el PRI perdió prácticamente en toda el área pavimentada en disputa. Tras los sonados triunfos del PAN en alcaldías importantes como Chihuahua, Durango y Ciudad Juárez, se empezó a crear una imagen del Norte como tierra de cambio electoral, de declive priísta y del ascenso blanquiazul apoyado en una nueva generación de candidatos provenientes de círculos empresariales ajenos al PAN tradicional capaces de ganar elecciones en ciudades importantes y hasta gubernaturas. Veinte años después, los contundentes triunfos del PRI en Chihuahua y Durango parecen anunciar el fin de esta historia o incluso un aparente realineamiento electoral en esa región en el que el PRI parece fortalecerse y el PAN, por el contrario, pierde el impulso original que lo llevó a ganar las gubernaturas de Baja California y Chihuahua. En este artículo nos proponemos examinar el sustento real de este aparente realineamiento original del PAN en el norte y su supuesta disolución reciente a favor del PRI.

Consideramos como Norte a todas las entidades fronterizas más Baja California Sur, Sinaloa y Durango. Excluimos San Luis Potosí y Zacatecas por ser de alguna medida estados de transición respecto de regiones centrales. A partir de 1999, se exceptúa también el caso atípico del perredismo de Baja California Sur. En la mayor parte de los casos tomamos los resultados de las elecciones de diputados locales o federales como el punto de referencia, porque reflejan mejor la fuerza de los partidos que las otras elecciones en las que los candidatos pueden jugar un papel relevante.

Las tendencias generales que se observan en la Gráfica muestran una tendencia decreciente de las preferencias por el PRI que culmina en 1997. Visto en detalle, se observa un fenómeno obvio. En el Norte del país, como en muchas otras regiones, la suerte electoral del PRI ha estado asociada a las crisis económicas, salvo en la segunda mitad del sexenio salinista, cuando su popularidad no impidió que su cota inferior se ubicara por debajo del 60%, para no volver a recuperarse. La crisis de 94 produce la ubicación del PRI en la cota que varía entre 43 y 48 por ciento.

La tendencia ascendente del PAN en realidad no se originó en 1983. Con fluctuaciones importantes, se inicia a partir de 1988, y el “brinco” electoral en realidad se dio entre 1992 y 1993. A partir de entonces se ha mantenido entre el 30 y el 40 por ciento con la excepción del 2000, cuando rebasa apenas el 40%.

*Ulises Beltrán es socio fundador de BGC, S. C. y profesor afiliado al Cide. Alejandro Cruz es asociado en BGC, S. C.



La crisis del 82 y la irrupción de los neopanistas

Ciertamente, a partir de 1983 se da un realineamiento electoral en casi toda la franja septentrional que durará a lo largo del sexenio de Miguel de la Madrid, aunque con variaciones sustanciales. En realidad, antes del 88 el descenso del PRI no fue muy pronunciado en términos del conjunto de la región (menos de 10 puntos, por lo que siguió ubicado en el rango del 60%) y el PAN apenas se acercó al 30%. Desde luego, en las entidades emblemáticas del crecimiento panista de ese período, Chihuahua, Durango y Sinaloa, la caída priísta y el alza del PAN fueron más fuertes. Sin embargo, otras entidades ya mostraban presencia panista de significación (Sonora y Baja California) o de crecimiento de ese partido (Coahuila), por lo cual el impacto de la crisis del 83 fue menos perceptible o duradero. Finalmente, en Tamaulipas y Baja California Sur, la baja del PRI fue poco relevante.

La “revuelta” electoral del 88 y el salinismo

La crisis económica que sobreviene al crack de la Bolsa en 1987 y el cisma priísta ante la sucesión presidencial por la escisión del movimiento neocardenista revierte el ligero ascenso que volvía a mostrar el PRI en el conjunto regional y lo ubica por primera vez algo por debajo del rango del 60%. La baja del PRI no beneficia al PAN, sino a los partidos que respaldan a Cuauhtémoc Cárdenas. No obstante, visto de manera desagregada, en realidad se dan tendencias disímolas: ocurren cambios electorales importantes en algunas entidades (Baja California, Baja California Sur, Coahuila, Tamaulipas), pero en otros priva la estabilidad (Chihuahua, Sonora, Durango, Nuevo León y, en menor medida, Sinaloa) al grado de que parte de esta región se convierte ahora, paradójicamente, en sostén del voto priísta ante el ascenso de Cárdenas en la mayor parte del resto del país.

Después del 88 y hasta las elecciones de 1994 se observa un realineamiento desfasado entre las entidades norteañas con fluctuaciones significativas. Durante la primera mitad del sexenio salinista, el PRI se estabiliza y hasta crece en algunos estados. En otros, los efectos de la “revuelta” electoral cardenista se sostienen en los años siguientes (Baja California Sur, Coahuila y Tamaulipas), pero mientras se mantiene el descenso del PRI en un rango más bajo de

votación, la fuerza del neocardenismo recogida por el naciente PRD se desvanece y parte del voto opositor pasa parcialmente a manos del PAN (en Tamaulipas se concentra en el PARM). La falta de implantación previa de la izquierda en el Norte permite que el antipriismo sea absorbido parcialmente por el PAN, con mayor estructura e historia en las ciudades de la región. El caso más extremo de esta situación se da en Baja California, donde pese a que Cárdenas ganó la elección presidencial, la izquierda desaparece en las elecciones locales del 89 cuando el PAN gana su primer gubernatura.

Contra lo que pudiera pensarse, la popularidad de Carlos Salinas en la segunda mitad de su sexenio no beneficia al PRI en una parte importante del Norte, ya que la postulación de llamativos candidatos panistas a gobernador o presidentes municipales en varias entidades, montados en el mensaje del “cambio”, provocan que el PRI vuelva a declinar: en Chihuahua pierde la elección en 1992 y en Baja California Sur casi es derrotado al año siguiente, además de descender en entidades como Durango y Sinaloa. Aunque en otras entidades se mantiene estable, el saldo del conjunto en los últimos años de la administración salinista es negativo para el PRI, que cae tanto como en 1988.

En esta segunda mitad del salinismo aparece realmente un bipartidismo PRI-PAN más claro en el Norte pues, a diferencia de los 80, el panismo ya se acerca a la cota del 40%.

Los comicios presidenciales del 94 no afectan al PRI en el agregado de la zona, aunque en realidad vistos caso por caso nuevamente tampoco ocurren cambios en un mismo sentido. En algunos estados, las elecciones llevan a revertir cambios coyunturales previos favorables al PAN como los de Chihuahua y Baja California Sur. En otros confirman tendencias a la baja del PRI como en Sinaloa y Durango. Finalmente en Coahuila, Nuevo León, Sonora y Tamaulipas ocasionan caídas a niveles sin precedentes para este partido.

La crisis del 94

El último realineamiento electoral relativamente generalizado que ocurre en el Norte se da en sincronía con el resto del país a raíz de la crisis económica del 94-95. El PRI cae en las siguientes elecciones en todas las entidades a niveles que nunca había experimentado, salvo en aquellas donde ya había perdido los gobiernos estatales o estuvo a punto de hacerlo (Baja California, Chihuahua y Baja California Sur), ya que en esos estados vuelve al precedente más bajo. A partir de entonces el PRI se despidió de alcanzar el 60% en alguna entidad, excepto en Coahuila en 1999. En el promedio del Norte por primera vez baja del 50%.

El bipartidismo PRI-PAN parecía establecerse ahora sí en la zona, pues en las primeras elecciones locales en la etapa de Ernesto Zedillo, el partido blanquiazul casi empata a su principal rival. Sin embargo, la elección federal de 1997, con el empuje del PRD en varias partes del país, incluidos algunos estados del Norte, enfría el impulso panista, mientras el PRI ya no sigue cayendo y, por el contrario, al año siguiente inicia un repunte. Sólo en la mitad de los estados (Chihuahua, Baja California, Sonora y Nuevo León) el PAN puede sostenerse o hasta crecer en el resto del sexenio.

La ola foxista y su desvanecimiento

Probablemente después de Manuel J. Clouthier ningún candidato panista encarnaba mejor al tipo de candidato surgido a partir de 1983 que Vicente Fox. El movimiento foxista que saca al PRI de la Presidencia de la República alcanza notable éxito en la mayor parte del Norte, donde

da nuevamente bríos al bipartidismo PRI-PAN, pero al paso de los años ese impulso no genera un cambio duradero. Por el contrario, del virtual empate entre el PRI y el PAN en el 2000, este último partido retrocede a los niveles previos a esa elección presidencial, e incluso en ocasiones por debajo de lo logrado en 95-96. El PRI, por el contrario, se estabiliza o hasta parece crecer ligeramente, sobre todo si se compara con las primeras elecciones tras la crisis del 94, debido a que en varias entidades ha repuntado (Nuevo León, Durango, Sinaloa y Tamaulipas) y en el resto tiende a mantener su fuerza.

Dos mitos marcan la historia electoral del Norte, el del realineamiento original a favor del PAN en 1983 y el del realineamiento favorable al PRI del 2004. La estructura vigente de las preferencias electorales se origina con la crisis del 94, con un PRI algo recuperado. El PRI no está sacando al PAN del Norte, simplemente el partido blanquiazul se ha quedado estancado, sólo avivado coyunturalmente por alguna candidatura carismática. Pareciera que la experiencia con gobiernos panistas en zonas urbanas importantes de la región y el poco entusiasmo popular con el gobierno de Fox han hecho que se modere la ilusión por el cambio que postula Acción Nacional. El PRI no presenta un ascenso notable pese a recuperar varias plazas importantes (ya no es raro que posea capitales estatales), pero ha logrado sostenerse debido a gobiernos que no han sido impopulares y con candidaturas que han resultado atractivas. Además, el PRI sigue conservando el voto duro más amplio, cosa de la que el PAN sólo puede enorgullecerse en Baja California, después de la sonora derrota en Ciudad Juárez. Finalmente, el conjunto de los otros partidos ponen un dique al crecimiento tanto del PAN como del PRI. Salvo en la elección del 2000, los partidos pequeños de la región (incluido como tal el PRD) obtienen en conjunto desde el 95 alrededor de la quinta parte de los votos.

Lo que sí es un hecho es que el Norte se ha convertido en la zona de mayor éxito electoral para el PRI (su votación promedio regional de 48% supera por más de 10 puntos su promedio nacional), más que su debilitado antiguo bastión del sur. Para el PAN, por su parte, el Norte ya tiende a ser superado por el Centro Occidente como la zona que más le reditúa electoralmente.